

Una sociedad cada vez más violenta

Una pregunta que debemos hacernos todos aquellos que de una manera u otra nos desenvolvemos en el entorno marcial, es si hoy en los albores del siglo XXI está justificada o no la práctica de las artes de lucha. Esto es importante por la responsabilidad que con los estudiantes tenemos todos aquellos que nos dedicamos a la instrucción, ya sea de forma total o parcial.

Hoy existe un impresionante conjunto de intereses económicos y comerciales alrededor de las artes marciales. Revistas especializadas, editoriales, marcas deportivas, centros deportivos, federaciones y asociaciones, publicidad y muchos otros elementos que configuran un mosaico de intereses que moviliza todos los años importantes cantidades de dinero y de capital humano.

Esto ha desatado un proceso de lucha por el mercado, una competencia sana en unos casos, insana en otros. Pero ese no es el tema para este artículo. La existencia de ese mercado no resuelve la cuestión esencial para todos aquellos que nos dedicamos de corazón a las artes de lucha.

El hecho de que millones de personas acudan a las escuelas de artes marciales o gimnasios nos da una pista muy importante. Aunque son múltiples las razones por las que alguien acude a una escuela de artes marciales, hay una que predomina sobre las otras: existe una demanda considerable de seguridad. Todos queremos sentirnos seguros y recurrimos a cualquier cosa que nos lo garantice.

Está de sobra demostrado que estudiar algún arte marcial aporta confianza en uno mismo, seguridad y fortalece la personalidad. En mi escuela he conocido casos ejemplares en ese sentido.

La vigencia actual y futura de las artes marciales está plenamente justificada por la violencia que destila esta sociedad por varios de sus flancos. En mi opinión este es el punto esencial. Si este elemento fuera distinto, las artes marciales estarían condenadas a desaparecer como práctica de masas. Pero estamos lejos de conocer esa sociedad "ideal", pacífica, no violenta y justa para todos.

Las manifestaciones diversas de esta violencia provienen de fuentes distintas. Podríamos distinguir entre la violencia masiva que se pone de manifiesto en las guerras, los conflictos armados y grandes desastres y aquella que de forma molecular y personal sufrimos todos en algún momento de nuestras vidas. Es este segundo tipo de violencia el que nos interesa analizar aquí.

Son factores ambientales y genéticos los que conducen el comportamiento humano en multitud de rasgos de nuestra personalidad, incluyendo nuestro grado de agresividad.

Genes heredados y factores ambientales

Los defensores del geneticismo sostienen que muchas características de nuestra personalidad (agresividad, autoritarismo, introversión, estabilidad emocional, etc.) vienen determinados en gran medida por la herencia genética, tal y como ocurre con

rasgos del físico (el color de los ojos o la estatura). Concretamente es el gen “*Maoa*” el que se vincula al comportamiento más o menos violento del ser humano.

Según la revista “*Annals of Internal Medicine*”, un nivel bajo de colesterol (inferior a 160 mg por decilitro de sangre) está relacionado con el alto grado de violencia. También la Universidad de Minnesota, con Thomas Bouchard y su equipo de científicos, ha calculado la hereditabilidad de la persona estudiando el comportamiento de gemelos. Según sus conclusiones y partiendo de una escala del 0 al 1, la agresividad se hereda en un porcentaje de 0.30

La genética ha sido hasta hace unos años un misterio que hoy se empieza a descifrar y que nos aporta una nueva vía de conocimiento acerca del comportamiento humano.

De cualquier forma podemos decir que en parte el ser humano como otras especies de animales es agresivo por naturaleza. Claro está, esto por sí sólo no agota el problema. El entorno, la educación y los factores ambientales son también decisivos en la forma de pensar y de actuar de cada individuo. Quizá lo más correcto sea partir de la responsabilidad compartida. Experiencia y herencia se interrelacionan y dibujan nuestra conducta.

Un ejemplo de esto es el deseo de algunos de vivir sensaciones fuertes (pensemos en esos deportes de riesgo que están en alza). Nuestra atracción por el riesgo viene provocada por que portamos una versión larga de un gen que influye en la respuesta del cerebro a la “*dopamina*”, neurotransmisor asociado a las sensaciones de placer y euforia.

Aún portando ese gen, reprimiremos esa tendencia al riesgo si hemos tenido una educación conservadora o reprimida, si somos excesivamente fríos o calculadores, si tuvimos una mala experiencia siendo niños que no hemos logrado superar, si valoramos poco el disfrute de lo físico en beneficio de lo intelectual, etc.

Dicho de otra forma, los genes no lo determinan todo de forma absoluta. Nuestra educación, el medio ambiente en que vivimos o nuestra condición social son también elementos que influyen en nuestra acción y nuestro pensamiento.

Establecer porcentajes a favor de uno u otro factor como determinante de nuestra conducta, no tiene sentido hoy por hoy. Viene bien aquí recordar ese milenario Koan Zen: “*Conocemos el ruido que hacen las dos manos al aplaudir. ¿Me podrías decir cuál es el ruido correspondiente a una sola de las manos?*” (le dice el monje a su discípulo).

Pueden ser varias las respuestas al enigma, pero nos quedamos con una: es la intervención de las dos manos, el “todo”, lo que provoca el ruido, y no los dos elementos por separado. Este Koan puede ayudarnos a entender la necesidad de observar los dos aspectos que influyen en nuestra agresividad: el factor heredado y el factor ambiental y la interrelación que entre ambos se establece.

En cuanto a los factores del entorno o sociales sólo voy a tocar y de pasada, algunos de ellos. Uno de esos aspectos y creo que el más determinante, es el de las condiciones sociales de vida. No descubro nada si expongo que es en las grandes urbes y en sus barrios más deprimidos económicamente, donde el índice de delincuencia y violencia se dispara.

El paro estructural, el consumo y tráfico de drogas, el abandono escolar y la falta de servicios de ocio, empujan a muchas personas a delinquir y al hacerlo, a utilizar la violencia como un medio para conseguir sus propósitos más inmediatos.

A los desastrosos efectos de las drogas conocidas como tradicionales (y aquí incluyo en alcohol), hay que sumar ahora la irrupción de unos años a esta parte de las sustancias de diseño. Según la fundación de ayuda contra la droga, en España hay más de 700.000 “pastilleros” de fin de semana. España se sitúa hoy en el segundo puesto del ranking a nivel europeo en cuanto al tráfico y consumo de estas nuevas drogas, en gran medida debido al abaratamiento del precio de cada dosis. Así, por ejemplo, en Pamplona una pastilla costaba en 1998, 1.500 pts., frente a las 6.000 pts que costaba en los inicios de su consumo.

Preocupante aumento de la violencia

La violencia es un fenómeno en alza. Y lo más preocupante es que las jóvenes generaciones son las más afectadas por este proceso que no conoce fronteras.

A todos nos dejó boquiabiertos el caso de Andrew Golden, un niño de 11 años, de Arkansas (EE.UU.) que empuñó una pistola y tramó una emboscada a sus compañeros de colegio, a los que hizo salir de sus aulas tras activar la alarma antiincendios. Conforme salían disparó contra ellos, con un saldo de cinco muertos.

Casos como este salpican los telediarios de todo el mundo de vez en cuando, pero sólo son la punta del iceberg.

Especialmente sangrante es la situación en EE.UU. Así, el 10% de los homicidios en este país son perpetrados por adolescentes menores de 16 años (el 19% en California en 1992). Han llegado a tal extremo que en el 25% de los 85.000 colegios públicos que hay en el país han colocado puertas de detección de metales en los accesos a los recintos, con el objeto de detectar armas.

En el Reino Unido se han cerrado algunas escuelas por problemas de violencia estudiantil y varios diputados *tories*, abogan por el regreso a la “vara” o “garrote”, prohibida en las escuelas estatales desde hace diez años. En Alemania, Japón y otros países de los llamados súper-desarrollados están pasando cosas parecidas.

España no es una excepción y podríamos llenar páginas enteras sólo con los casos recogidos por la prensa. En muchas ocasiones leyendo cualquier periódico provincial se te pueden poner los pelos de punta.

La Televisión es co-responsable de ese auge en la violencia. Qué diferentes eran los programas infantiles que veíamos hace 10, 15 ó 20 años de los que hoy se programan. Incluso los dibujos animados están llenos de peleas, muertos y sangre sin ningún tipo de control o rigor y sin mensaje positivo para los niños.

Como dijo hace poco Brandon Ceterwall, profesor de la escuela de salud pública de Washington, *“si no hubiera televisión, hoy habría 10.000 asesinatos, 70.000 violaciones y 700.000 asaltos callejeros menos al año en EE.UU.”* (el País 22/09/96).

Con este panorama desolador, no hay que ser especialmente intuitivo para ver que sucederá de aquí a unos años. Es vital tener todo esto en cuenta para que los que nos dedicamos a la instrucción de los sistemas de lucha y más concretamente a la enseñanza de artes orientadas a la defensa personal. Hemos de intentar contrarrestar ese proceso ascendente de violencia en la medida de nuestras posibilidades.

Yo creo que la educación juega un papel esencial en todos aquellos que nos dedicamos a la enseñanza debemos asumir una gran responsabilidad.

Reflexión obligada

He creído oportuno introducir este pequeño análisis sobre la violencia en la sociedad, porque creo que es importante que ubiquemos nuestra actividad marcial en el tiempo. ¿Cuál es el papel, en este contexto, de las artes marciales o sistemas de lucha?, ¿para qué pasamos años yendo a los gimnasios y qué buscamos con ello?, ¿qué imagen debemos proyectar de las artes marciales hacia el exterior?, ¿qué mensaje transmitimos?. Todas ellas son cuestiones que debemos responder.

Aquí solo pretendo plantear el tema, que ya de por sí, da juego para mucho más, y pido disculpas por lo superficial que he podido ser al abordar este aspecto de la violencia.

Que una parte de nuestra agresividad se hereda y es instintiva, es algo bastante claro. Pero no lo es menos que nosotros y la sociedad en que vivimos acentuamos esa característica biológica que nos coloca como la especie animal más violenta y destructiva del planeta.

Los profesores, instructores o monitores de artes marciales somos “modelo” a seguir para muchos de nuestros estudiantes, ya sean jóvenes o adultos. Ser conscientes de ello creo que es ya un paso adelante. Debemos ser los primeros en dar ejemplo.

Gorka Asiain
(Cinturón Negro 4º Dan)